

Madrid, en abril de 1939, era una ciudad destruida en la que los vencedores se ensañaban inmisericordemente con los vencidos; París, la ciudad alegre y confiada que no se imaginaba la humillante derrota de un año después; Berlín, la capital del futuro, el nuevo orden doblemente armado que soñaba con imponerse al mundo. Por esos tres lugares, transcurre la vida de Carlos Morla Lynch en los menos de dos años –de abril del 39 a julio del 40– que abarcan estos ‘Diarios de Berlín’. Carlos Morla Lynch (1885-1969), chileno nacido en París, diplomático, escribió diarios durante toda su vida. Tres períodos de ella tiene especial interés: los años veinte y treinta, cuando su domicilio madrileño fue centro de reunión de los jóvenes poetas; la etapa de la guerra civil, en que salvó a miles de refugiados en la embajada de Chile, y su estancia en Berlín al comienzo de la Segunda Guerra Mundial. En 1957 publicó ‘En España con Federico García Lorca’, un primer tomo, conveniente recortado por el autor, de ese diario ejemplar. Póstumamente aparecieron las anotaciones de la guerra civil y la entrega inicial completa. A esa obra ciclópea, y con pocos antecedentes en la literatura española, se añade ahora nuevas páginas, abrumadores en su minucioso reflejo de un tiempo sombrío.

Carlos Morla Lynch fue un personaje peculiar, conservador como buen diplomático, pero nada sectario, curioso de todas las artes, aficionado especialmente a la música y a la literatura, gusto de la buena vida, frecuentador de los grandes salones aristocráticos y de las tascas en los barrios populares.

Tras casi tres años de encierro en la miseria del Madrid cercado por las tropas franquistas, el retorno a París –donde había vivido

Madrid, París, Berlín

Crónica. La historia en blanco y negro se llena de color, de matices y se hace más verdadera gracias a los diarios de Morla Lynch

JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN



años felices– le deslumbra. La primera mañana se asoma al balcón y siente el inconfundible olor de la ciudad, el aroma de su infancia. Luego visita un baño turco –una de sus grandes aficiones– y pasea por los bulevares: «Hace tres años que no veía mujeres arregladas ni sombreros, y el espectáculo y la impresión que me producen es indescifrable, casi violento, de estupefacción». Los sombreros femeninos –que no son sombreros, «sino cosas que se ponen en la cabeza»– le sorprenden especialmente. Morca Lynch no solo está atento a la gran historia, sino a todos los pequeños detalles –la intrahistoria unamuniana– y eso le da un valor especial a su diario.

Al llegar a Berlín, le sorprende la ‘disciplina férrea’ que allí impera. Para él prima sobre todo la libertad individual: «¡Viva el desorden de las calles de Madrid, en las que cada uno anda por donde le da la gana y donde la hora no cuenta como una norma inquebrantable!». Pero lo que nos sorprende a nosotros es la anécdota que da origen a este canto a la libertad: «Esta mañana, en la estación, escupí en el suelo (no se ven escupideras) y un alemán furioso me lanzó la palabra unverschämte (¡desvergonzado!)». La ‘limpieza extrema’ del Berlín nazi es una de las características que más choca, paradójica-

mente a este gran aficionado a los baños turcos: «No se ve un papel ni la más leve basura por el suelo. Ando largo rato con una colilla del cigarrillo en la mano que no sé dónde tirar y la boca llena de saliva que no me atrevo a escupir. En una peluquería donde voy a cortarme el pelo, el peluquero mira fijamente un poco de ceniza que he dejado caer al suelo. Apago el cigarrillo».

Algo de novela costumbrista tiene el relato de estos primeros meses en Berlín, con sus comidas protocolarias, los enredos en la embajada, los chismes sobre unos y otros (‘Crónica escandalosa’ suele titular una parte de las anotaciones del día). La referencia a Miguel Hernández –se le acusó injustamente de no hacer todo lo po-

sible por salvarle– quizá no deja a Morla Lynch en demasiado buen lugar. Le llama Neruda desde París para decirle que ha sido detenido y él responde que tiene una comida oficial y que no puede atenderle. «¡Déjate de comidas oficiales!», le reprende Neruda. «Por suerte –anota Morla– la comunicación se corta sola. ¡Hasta cuando voy a estar preocupándome de lo que ocurre en Madrid!»

Los chismes sobre gente de la alta sociedad aproximan el texto a Proust o a Capote. Algunos son divertidos, como los que cuenta Stanley Richardson (el poeta inglés amigo de Cernuda que moriría en un bombardeo en 1942) sobre Concha Méndez y su hija Paloma Altolaquíre o sobre el rey de Inglaterra.

El tono cambia a partir del pacto entre Alemania y la Unión Soviética y, sobre todo, con el ataque a Polonia. La gran trituradora de la guerra se pone en marcha y nadie podría prever entonces hasta dónde iba a llegar. A Morla Lynch le tocó conocer la Alemania que se creía invencible, aunque él ya acertó a ver algunas de sus sombras.

Un diarista cuenta las cosas de distinta manera a como las cuenta, tiempo después, un memorialista o un historiador. Una vez que los hechos han ocurrido parece que no podían haber sido de otra

manera. Pero nada está escrito hasta que no se convierte en tiempo pasado. Francia podía no haber declarado la guerra a Alemania (eso es lo que deseaban muchos franceses, como se vería poco después) y Alemania, más adelante, podía haber hecho la paz con Alemania para enfrentarse juntas a la Unión Soviética (eso quizá habría ocurrido si Eduardo VIII no hubiera abdicado).

Vemos también cómo los cónsules de Chile –y de otros países democráticos– hacían negocio con los judíos perseguidos, como hoy las denostadas mafias que ayudan a los emigrantes ilegales. Y hay un viaje a Praga, que acierta a mostrarnos toda la humillación de la ciudad incorporada al Reich.

Morla Lynch gusta de pasear por el parque Tiergarten con su perra Chorpi y se muestra especialmente sensible a la belleza masculina. No olvida dejar constancia de ella siempre que se la encuentra, sea entre los camareros, entre los músicos de una orquesta o entre el personal diplomático. Cuando Ribbentrop cita a embajadores y a prensa para darles cuenta de las razones que llevaron a la ocupación de Noruega, anota: «Oficiales de espléndida figura nos reciben». Y en el baño turco comparte desnudez con los oficiales, blancos y dorados, que llegan del frente. Si en ocasiones nos recuerda a Proust o Capote, otras nos recuerda a Visconti. La edición de Inmaculada Lergo y González Soriano resulta ejemplar. Breves notas aclaratorias a pie de página, casi todas pertinentes, y otras más amplias, con abundantes citas de diarios anteriores, al final.

‘Diarios de Berlín’ es literatura –excelente literatura en algunos pasajes– y es, sobre todo, un documento histórico de primer orden. La historia en blanco y negro que nos han contado se llena de color y de matices, se hace más verdadera, gracias a Morla Lynch.



DIARIOS DE BERLÍN (1939-1940)
CARLOS MORLA LYNCH
Edición de Inmaculada Lergo y José Miguel González Soriano. Editorial: Renacimiento. Sevilla, 2023. 816 páginas. 47,40 euros.



LA CONVERSACIÓN INFINITA

BORJA HERMOSO
Editorial: Siruela. 259 páginas. Precio: 21,95 euros

El periodista donostiarra Borja Hermoso tiene una larga carrera profesional que le ha

llevado durante bastante años a entrevistar a personalidades muy relevantes, sobre todo de la cultura. Este libro recoge 28 entrevistas de dimensiones diferentes, pero todas de gran interés. Por aquí pasan Steiner, Habermas, Marsé, Arrabal, Lobo Antunes, Gao Xingjian, Marías, Brook, Cardenal, Saviano, Lançon, Zgustova, Janés y unos cuantos más. Son conversaciones reposadas, que van al centro de gravedad de los personajes, eludiendo la frivolidad, la originalidad mal entendida o la búsqueda de una reacción extemporánea, tan habituales hoy por la muy perniciosa (en ese aspecto) influencia de la televisión. Y las presentaciones de los personajes, apenas unas líneas, son piezas soberbias. **C. C.**

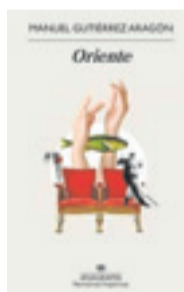


DORADO, VIOLETA Y VERDE MENTA

MARTA SANTÉS
Editorial: Titania. 416 páginas. Precio: 22 euros

Zel guarda una lista de deseos prohibidos en un cajón donde su madre no los pueda ver. Va a cumplir die-

ciocho años y tiene la esperanza de que su madre por fin la deje salir al mundo exterior para poder correr campo a través, ver el mar y sonreír a algún desconocido. Pero eso no ocurrirá hasta que un forajido se cuele en su habitación y ella encuentre la ocasión perfecta para escapar. Con un miedo atroz, aunque le reviente el pecho, deja que ese chico larguirucho y sarcástico la lleve a la ciudad donde sentirá el triple de lo que imaginaba encerrada en su habitación. Podrá conocerse más a sí misma a través de Jack y Flynn, los dos ladrones de cajas fuertes que la sacarán de quicio pero la harán cuestionarse todo lo que conocen. **I. E.**



ORIENTE

MANUEL GUTIÉRREZ ARAGÓN
Editorial: Anagrama. 162 páginas. Precio: 18,90 euros

En 2008, tras el estreno de ‘Todos estamos invitados’, que mereció el Gran Premio del

Jurado en el Festival de Málaga, Gutiérrez Aragón anunció su retirada del cine. Y en 2009 obtuvo el Premio Herralde por su primera novela, ‘La vida antes de marzo’. Desde entonces ha vivido volcado en la literatura. En ‘Oriente’, nos brinda una colección de ocho relatos, algunos de los cuales evocan su abandonada faceta cinematográfica. Así, en el titulado ‘Kehler’, el rey de Arabia Saudí le encarga a un productor una película sobre Mahoma con una gran inversión o, en el titulado ‘Sesión de cine’, un estudiante se refugia huyendo de la policía en una sórdida sala de sesión continua y sin calefacción donde coincide con solitarios, prostitutas, pajilleros y el propio Azorín. **I. E.**



EL ÚLTIMO SUEÑO

PEDRO ALMODÓVAR
Editorial: Reservoir Books. 200 páginas. Precio: 19,90 euros

En la introducción a ‘El último sueño’, Pedro Almodóvar explica su alergia a escribir unas memorias, es decir, un

libro centrado únicamente en su persona. Por esa razón ha elegido, para escribir un texto que se parezca en algo a una autobiografía, una fórmula que ofrece un cierto margen de ficción como es la del relato. A través de una docena de piezas, el cineasta español va desgranando diferentes etapas de su vida que van desde finales de los sesenta hasta el presente. En el primero de esos relatos un personaje vestido como Marlene Dietrich en ‘The devil is a woman’ hace una comprometedor y fatídica visita al director de un colegio de los Salesianos. En el relato que cierra el libro, Almodóvar reflexiona sobre las diferencias entre una novela y un guion cinematográfico. **I. E.**